

dulce princesa de Lamballe. ¡Ciegos! No adivinaba que así como toda su familia había sido solidaria en el derecho, iba á ser solidaria en el infortunio. No adivinaba que vertía á manos llenas desde las alturas del trono la revolución sobre los abismos del pueblo. No adivinaba que aquellas calumnias se filtraban desde las cimas de los palacios en los antros del club y en los corazones de las muchedumbres. Pensaba abrirse las puertas del poder y se abría las puertas del destierro. Pensaba levantar un trono para sí cuando levantaba un cadalso para los suyos. El pueblo veía, al recoger estas calumnias, que los encargados de dirigirle ni resultaban siquiera iguales á él; antes inferiores, muy inferiores. Por consecuencia, los designaba ya en su pensamiento para un tremendo castigo. ¡Cuántas veces, allá en la emigración, teniendo la frontera y los ejércitos aliados entre la Convención y su vida, el conde de Provenza, al ver á su bella hermana recluida en una prisión, calumniada en la persona de sus hijos, yendo á morir en una carreta, sacrificada en la guillotina, se habrá visto al resplandor siniestro de sus remordimientos en los celajes oscuros de lo porvenir, entre los verdugos y los sayones de aquella desgraciada mujer, de aquella martirizada reina!

Dos príncipes de la sangre contribuyeron también á esta obra de perdición: el conde de Artois el uno, y el otro el duque de Orleans. Cuando se ha vivido cerca de los últimos días de Carlos X y se ha visto el desarrollo de la revolución de Julio producida por sus terribles supersticiones religiosas, apenas puede comprenderse que este viejo beato sea aquel joven caballeresco, alegre, epicúreo, amigo de saraos y de fiestas, galanteador sempiterno, regocijo de palacio, ornamento de la dinastía, que tanto llegó á reír, á gozar, á divertirse, á jugar en los días brillantes de sus felices mocedades. Ligero, improvisador, dado en cuerpo y alma á las fiestas, había-se convertido en una especie de caballero sirviente de su regia cuñada, excitándola de continuo á los bailes, á las correrías, á las cacerías, á toda clase de divertimientos, con lo cual enconaba aún más las faltas de su carácter y la perdía en el público concepto. Verdaderamente, cuando el genio de la revolución bajaba en lenguas de fuego sobre la frente del pueblo sumido en las tinieblas, era caso bien extraño que un príncipe de la sangre, educado en esas alturas, cuyas cúspides reverberan la luz de las ideas y tocan con las cimas de la ciencia, no tuviese la previsión ni el presentimiento de las próximas tempestades. En cambio, el duque de Orleans vivía unido estrechamente á la revolución. Heredero de una familia que no pudo alcanzar nunca el mayorazgo de la corona, heredó todas las cóleras y todas las envidias de tantos pretendientes amargados por sus ambiciones y sus esperanzas frustradas. Hijo de una mujer cuya vida fué una orgía continua, comparable sólo á las orgías de la antigüedad, heredó el hervor de su sangre y su sed hidrópica de goces y placeres. Pasó una parte de su vida en la orgía de los sentidos, y otra parte de su vida en la orgía de las ideas, siempre por ese afán de renombre, de influencia, de ruido, que aqueja á cuantos nacen cerca de los poderes supremos y crecen al amparo de su sombra. Su casa, que fué primero asilo de todos los calaveras, se convirtió después en asilo de todos los conspiradores. Pero su móvil re-

sultaba siempre el mismo: anhelo de placeres, ora de los placeres del amor, ora de los placeres de la ambición. Su madre no sabía de cuál de sus amantes era hijo. «¿Cuando caéis en una zarza, preguntaba brutalmente la princesa, por ventura averiguáis qué espina os ha picado?» Así, no debemos extrañarnos que su hijo ningún escrúpulo filial sintiera cuando presentó una información demostrativa de pertenecer, no sólo en alma, sino en cuerpo también, á los plebeyos por haberlo tenido su madre de su cochero. Sus caballos metían más ruido que sus victorias. Conocía todos los medios de agitar y no conocía los medios de vencer. A unos imponía miedo, á otros amistad, á nadie respeto. Le faltaban las dos cualidades esenciales á los que han de combatir en política: el desinterés y el valor. Cuando tras una protesta en los Estamentos, y una torpeza en los mares, le desterraron, se arrastró en las antesalas de palacio para conseguir su libertad y su vuelta á los goces y al esplendor de la corte. Y así que volvió, quiso tener cortesanos, y tuvo á los clubs y á las sociedades secretas que siempre dan á los pequeños, con la sombra y el misterio, falso aspecto de grandeza. Pero su debilidad sólo era comparable á su ambición. Un día que en la Asamblea leía cierto discurso, como uno de los diputados, que se ahogaba de calor, gritase «abrid las ventanas,» cayó desvanecido y desmayado el príncipe, creyendo que aquel grito natural era un grito de amenaza y un comienzo de conjuración contra su vida. Cuando le desabrocharon para devolverle el sentido, como se suele hacer con las damas nerviosas, encontráronse con que llevaba dos forros de pieles de zorra pegados al cuerpo para que le preservaran de golpe ó puñalada. Un día cita á mucha gente á verle subir en globo aerostático entonces recién descubierto, y correr los peligros de la navegación aérea. Todo estaba preparado y convenido. El globo se henchía y se remontaba, la navicilla aguardaba á su regio huésped, cuando sobrecogido de un súbito terror, se arrepiente y se atrae los silbidos y los gritos de la muchedumbre. Su odio á la reina no tenía límites. Verdad es que la reina lo provocaba. Presentóse un día en la comida regia, y al pasar ante el sitio donde estaba el cubierto de la reina, lo preservaron de su contacto como si pasara un público envenenador. ¡Ah! No envenenó su cuerpo con ningún género de tósigo, pero envenenó su alma con todo género de calumnias. ¡Qué funesto don estas familias secundinas, estas ramas inferiores en las regias dinastías! ¡Qué conspiraciones tan permanentes! Los reyes quisieran que todos sus hijos fueran reyes. Por eso, cuando la idea de la patrimonialidad de los reinos predominaba sobre la idea del Estado, todavía no bien definido, los reyes, sintiendo más al morir la voz de su corazón que el interés de su reino, dividían la corona entre todos sus hijos. Pero, al constituirse las nacionalidades modernas, al concretarse la idea antes vaga del Estado y por consecuencia suceder á la antigua indeterminación leyes rigurosas sobre el principio de los principios en las naciones monárquicas, sobre el principio hereditario, la corona se convirtió en mayorazgo indivisible, y hubo necesidad de compensar en los hijos segundos la falta de poder con la sobra de riqueza. Por esta manera se formó junto al reino de Francia, patrimonio de los hijos mayores, el ducado de Orleans, patrimonio de los

hijos menores en la regia familia. Mas no hay riqueza en el mundo que pueda henchir los vacíos de un corazón educado como para reinar y caído desde tan vertiginosa altura en la vulgar condición reservada á los príncipes bien alimentados y bien ociosos. Así, la dinastía de los Orleans ha sido secular enemiga de la dinastía de los reyes. Cuando la autoridad monárquica dominaba todas las alturas y el respeto monárquico todos los corazones, las competencias de familia podían reducirse á un mero cambio en la persona del rey; á mayor ó menor influencia en la gestión de los negocios; pero desde el punto en que las ideas y las cóleras revolucionarias estallaron, y á su fuerza reunieron estas ambiciones de corte, las competencias dinásticas dañaban á algo más elevado que los reyes mismos, al principio substancial de la monarquía. Junto á la helada y áurea corona de los reyes se elevaba esta corona de fuego de los Orleans. Podía pesarle mucho á los unos la suya sobre la frente; les pesaba mucho más á los otros la suya sobre el corazón. Así, el duque de Orleans en las guerras de la Fronda debía conspirar contra Luis XIII; el duque de Orleans en el palacio de Versalles conspirar contra Luis XIV; el duque de Orleans en los tiempos de la revolución conspirar contra Luis XVI; el duque de Orleans en los tiempos de la restauración conspirar contra Carlos X, como si esta familia de los Orleans fuera una de aquellas familias trágicas de la Grecia antigua, á manera de los atridas, que llevaban sobre su frente la marca indeleble de la fatalidad y no podían substraerse á la obligación de transmitir por siglos de siglos y de generaciones en generaciones el peso incontrastable de un mismo destino, del cual eran reos y víctimas. Mas considérese esto como se quiera, resultaba dañosísima su consecuencia final y suprema á la misma monarquía. Los dos príncipes, el de Orleans y el de Artois, eran igualmente funestos, por sus ligerezas el uno y por sus depravaciones el otro; éste por su afán de divertirse y aquél por su afán de gozar; éste por su cariño á la reina y aquél por su odio; éste por su espíritu caballeresco y aquél por su espíritu mercantil; éste por sus conexiones con la aristocracia y aquél por sus conexiones con la plebe; éste por sus ideas religiosas y aquél por sus ideas filosóficas; éste por su apego á la reacción y aquél por su apego á la revolución; ambos por exagerados en dos sentidos opuestos y por ignorantes de su atormentada sociedad y de sus procelosísimos tiempos.

Que no vengan, pues, los que en la historia toman siempre el cómodo papel de abogado de los poderosos á echar sobre el pueblo la responsabilidad de los odios desatados contra los reyes y de las calumnias, más negras que los odios. Los primeros en perderlos, en desacreditarlos moralmente, en revelar secretos ó inventar fábulas sobre las relaciones de los dos regios esposos fueron los mismos que, deshonorando su sangre, se deshonoraban sus propios nombres. Lo único que realmente les pudo excusar es su desconocimiento completo de la agitación de aquel siglo y de las consecuencias que esta agitación tempestuosa iba á traer á la vida. La nueva idea debía romper el gastado organismo de la antigua. Y este organismo era la monarquía. Y esta monarquía estaba condenada providencialmente cuando se levantaban, como por un espíritu superior movidos, los mis-

mos que mayor interés tenían en salvarla. Subid hasta los orígenes de la monarquía y encontraréis que todo se conjura para fundarla; venid á su decadencia y encontraréis que todo se conjura para perderla, hasta los mismos príncipes.

## VII

Quando expiró Luis XV, el delfín y la delfina se arrodillaron y pidieron el auxilio divino, ya que les tocaba reinar tan jóvenes. En efecto, el rey tenía veinte años y la reina diez y nueve. La única fuerza de que entonces disponían la ignoraban, su juventud, que inspiraba al pueblo una verdadera esperanza. Jamás intenciones más sanas se vieron secundadas con medios menos eficaces. El rey quería á toda costa cambiar la política de su abuelo, y sobre todo, corregir las malas costumbres con su saludable ejemplo. Creía candorosamente que le era posible purificar con su propia pureza las impurezas del Estado. Creía que bastaba la buena voluntad para realizar el milagro de una súbita transformación. Su recto sentir se vió en el empeño que tuvo de conjurar la influencia austriaca; y su debilidad con los medios torcidos que empleaba para llegar á su fin. Cuando más necesidad había de un sistema determinado, reinaba un espíritu incierto; cuando más necesidad de un proceder seguro, la más nociva incertidumbre. Lo único que tenía fijo era el propósito firme de preservarse á la influencia austriaca y á los halagos de su mujer, movida siempre, impulsada siempre por su familia. En efecto, María Teresa no dejaba vivir á María Antonieta, para que de su posición se aprovechara y sirviera á la política austriaca. José II, hermano de la reina, extraño personaje, lleno de viejas tradiciones y de nuevas ideas, con propósitos de avivar el espíritu moderno y robustecer la antigua monarquía, mayor á causa de la altura de sus pensamientos que á causa de la altura de sus resoluciones, ideaba no sólo aquellas reformas interiores de la Iglesia, tan contrarias al poder y á los intereses de los papas, sino también predominio en Alemania, imperio sobre los eslavos, conquistas en Turquía, algo de esa grandeza de miras y de esa extensión de propósitos que heredara de sus mayores y que sólo exigían para una pronta realización tener segura á Francia, nación poderosísima é inquieta, la cual debía estar presa en el tálamo imperial de sus reyes. Así, la reina quería á toda costa que su marido nombrara ministro al ajustador de su boda, al antiguo amigo de su madre, al instrumento del Austria, al célebre Choiseul. Pero el rey, que se iba á meditar sobre los grandes problemas políticos en sus fraguas, junto á sus yunques, allá por las buhardillas de su palacio, en compañía de un pobre oficialillo que tiraba del fuelle y avivaba la lumbre, resolvió, después de hojear algunos papeles preservados en tal sitio á la avizora mirada de su mujer, dar de mano á Choiseul y nombrar un ministro antiaustriaco como Maurepas, que fuese verdaderamente un valladar opuesto á las maquinaciones del Austria. Cuando llamado de su destierro Choiseul por influjo de la reina, se presentó en palacio, el rey le dijo tan sólo que estaba muy calvo y muy gordo, y le volvió la espalda. Desde aquel día se perdió la influencia del Austria á pesar de los halagos de María Antonieta. Así

es que la emperatriz escribía diariamente á la reina que se apresurase á tener un hijo, á dar delfín á Francia, heredero al rey, para cobrar la alta influencia política de que tan necesitado estaba su imperio.

Pero el ministro que caracteriza verdaderamente este tiempo es Turgot, y el gobierno que lo define es su gobierno. Hay muchas gentes que entran en la historia con un plan preconcebido y que se proponen vaciar los hechos en el molde de su individual pensamiento. Los que van á lo pasado con ese espíritu de secta, fantasean y falsifican completamente la historia. ¿Qué diríais de un naturalista el cual entrara en los reinos de la naturaleza con una flora ó una zootecnia á su arbitrio, oponiendo á los animales reales sus animales fantásticos? Pues de igual suerte debe juzgarse al historiador que substituye á los hechos de la realidad los hechos de su conciencia ó las arbitrarias concepciones de su pensamiento individual. Y no conozco una concepción histórica más arbitraria que aquella empeñada en discernir cómo ó por qué medios la revolución se hubiera evitado. Estos optimistas ven á una en el natural bondadoso de Luis XVI y en la inteligencia elevadísima de Turgot los medios verdaderos de impedir el conflicto y de descargar la revolución. Creen que bastaba la excelente intención del monarca y la alta inteligencia del ministro á conjurar la catástrofe y á desarmar la nube tonante cuyos relámpagos atravesaban en toda su infinita extensión la conciencia de aquel pueblo. Imaginan los que así piensan cosa hacendera y posible transformar gradualmente una sociedad tan oprimida como la sociedad francesa, tan llena por un lado de ideas radicales y por otro de antiguas supersticiones. Se reforman de esa suerte los pueblos que han aceptado el principio vital por excelencia, el principio de la libertad, cuyos procedimientos se parecen por su medida, por su graduación, por su serie, á los procedimientos mismos de la naturaleza. Pero allí donde la libertad ha sido brutalmente suprimida y sólo queda en la base de las sociedades humanas una legión de esclavos y en la cima el rey absoluto, la revolución sobreviene como una consecuencia precisa de todos estos fatales antecedentes. En la libertad, y sólo en la libertad, se aprende el arte de la política, á medir los obstáculos, á calcular lo posible, á precaver los desórdenes, á madurar las reformas, á transformar la viviente realidad. En las tinieblas toman los pueblos naturaleza de fieras y salen, como las fieras, de sanguinarios y de hambrientos. Un hombre libre sabe que su razón y su derecho le bastan para dirigirse, y para salvarse, y para resolver todos los conflictos, y para vivir la vida acomodada á sus necesidades y desarrollar su espíritu. Un esclavo, en la noche de su ignorancia, finge mundos ideales bien apartados de las realidades históricas. De cualquier modo, todo pueblo oprimido está cerca de las revoluciones. La libertad británica necesitó de su santa revolución, la república holandesa de su guerra, la América de sus formidables sublevaciones; y en pueblo tan oprimido como Francia no podía haber ningún otro medio, ningún otro recurso. Se necesitaba haber hecho la sociedad como fingen esos pensadores optimistas y no como la traen los siglos. Se necesitaba una monarquía más previsor, un clero más ilustrado, una aristocracia menos pagada de sus antiguos derechos, un pueblo más

conocedor de los procedimientos y de las prácticas que exige todo Estado para transformarse lentamente y bajo el amparo de la legalidad. Pero las sociedades no resultan como nosotros las ideamos, sino como ellas mismas son por sí. Aquella antigua monarquía formada por tantos y tantos siglos, no podía desplomarse sino por un movimiento idéntico al movimiento que la había producido, cuya celeridad substituyese con ventaja á la fuerza del tiempo, y si algo demuestra la imposibilidad de impedir la revolución, precisamente es ese mismo ministerio de Turgot, invocado para decir lo imposible de probar: que la revolución hubiera podido conjurarse.

Turgot, uno de los hombres mayores de este siglo, llegó al gobierno de su patria, no por la elección popular, ni por la gracia real, sino por meras combinaciones de la casualidad, verdadera reina entonces de Francia, que caminaba á la aventura y al azar. Era Maurepas, el primer ministro de Luis XVI, un hombre de mundo, como hoy se dice, aficionado á las ciencias, aunque en todas ellas imperito; uno de esos que saben la astronomía poética y la física recreativa, con la memoria por toda razón, los índices de los libros por todo estudio, la política al día por todo sistema, el placer y la diversión por todo fin; cualidades contrastadas con una bastante á hacerle perdonar tantas ligerezas indignas de un tiempo cuya gravedad requería mucho pulso; cualidades contrastadas, decía, con una cualidad sobresaliente, el trato con los hombres superiores, y como consecuencia, el aprecio profundo de sus méritos y de sus talentos. Maurepas encargó uno de los ministerios más importantes al filósofo y jurisconsulto Malesherbes, que proponía la restauración del revocado Edicto de Nantes, y á Turgot, que encarnaba en sí la idea económica tan profundamente ligada con la idea política. Hoy, á fuerza de tenerlas ya mezcladas á nuestra sangre, como los elementos de la respiración ó como los átomos que por las fuerzas nutritivas hemos recogido, no apreciamos en cuanto valen las libertades económicas; pero poneos con el pensamiento en aquella época, resucitadla y fingidla en vuestra mente: mirad el presupuesto de la nación mezclado y confundido con el presupuesto de la corte; el patrimonio real con una extensión inacabable, treinta leguas sólo para un coto de caza, como inmenso pólipo absorbiendo el jugo de los campos; una gran parte de la propiedad á la sombra estéril de los monasterios y otra en las manos muertas de la Iglesia; fragmentos de los feudos y sombras de siervos por un lado, el mayorazgo y los segundones por otro; venta de oficios en la administración pública; el gremio haciendo del trabajo, de ese empleo de nuestra actividad, un privilegio concedido ó negado por la gracia del monarca; la corvea esterilizando ese mismo trabajo proveniente de las mercedes regias; la prestación y las gabelas infinitas de los señorios; la tasa como un límite arbitrario puesto á todo comercio; la industria amortizada como la propiedad; prohibiciones absurdas, líneas de aduanas en las fronteras de las provincias, excepciones de tributar á las clases más ricas, y abrumadores tributos sobre las clases más pobres; y decidme luego si esa palabra libertad, que rompía todas estas cadenas y que borraba todas estas servidumbres, no ha vuelto á crear de nuevo con su soplo tan fecundante como la

palabra divina sobre el caos, desde la conciencia hasta la tierra.

Turgot era el representante de la libertad económica, de esa libertad cuyo culto había sido engendrado en su ánimo por este grande y luminoso pensamiento: los derechos naturales son propios, no del ciudadano, del hombre. Tal pensador, de haber podido plantear todo su sistema, evitara indudablemente la revolución. Cuando se llega á Turgot precisa mirarlo con detenimiento, porque Turgot es la idea, como Rousseau la imaginación, como Mirabeau la palabra, como Vergniaud el sentimiento, como Dantón la acción. Perteneció á una familia de magistrados que lo educó en la mayor severidad de ideas y costumbres. Su madre era una honradísima dama, pero muy amiga de la alta sociedad, de los brillantes salones, de las familias aristocráticas, y de testaba en su hijo la falta absoluta de distinguidas maneras y cierta rudeza de palabras y cierto apartamiento del mundo, que lo hacían una especie de solitario del pensamiento. Esta ausencia de la ternura maternal, del amor que ilumina y aviva el corazón, le dió un despego, una frialdad, una indiferencia, naturales, después de todo, en quienes se educan sin madre. Muy niño, pasó de la sombría casa al colegio en calidad de interno, y muy joven, del colegio al seminario en calidad de aspirante al sacerdocio. Allí cultivó una ciencia bien apartada del espíritu de su tiempo, pero con ella aprendió el culto á los profundos estudios y á las sublimes abstracciones. Así cultivaba todos los ramos del saber humano. Traducía á Klopstock del alemán y á Macpherson del inglés. Componía versos y los calcaba en rimas nacidas del profundo conocimiento, así de las dos lenguas clásicas, el griego y el latín, como de las dos lenguas grecolatinas, el español y el italiano. Además, enseñaba la teoría de Newton como un matemático, discutía la concepción de la gracia en Agustín y Jansenio como un teólogo, criticaba la teoría de Buffón acerca del origen de la tierra como un naturalista, asombraba á los ginebrinos con sus conocimientos respecto á la historia del planeta como un geólogo, y exponía el gran principio de los derechos naturales con la profundidad insondable de un filósofo. En su pensamiento sí que había encontrado verdaderamente el género humano los blasones perdidos de su divina nobleza. Para subir á las alturas de la metafísica y luego descender á las relaciones útiles de la economía; para tratar desde los atributos de Dios hasta las propiedades del fósil; para estudiar las armonías del arte y las leyes de la gravedad; para ser desde astrónomo hasta jurisconsulto, bien se necesitaba aquella cualidad por excelencia culminante de su vida, la pasión desenfrenada por el estudio. Así no hubo niñez, ni juventud, ni amor, ni familia, ni hogar. Fué, como Newton, como Kant, uno de esos hombres en quienes las abstracciones del pensamiento elevan toda la vida al cerebro. Su esposa es su idea; su descendencia está en sus obras. Alto de estatura, hermoso de rostro, aunque cierta sonrisa desdeñosa dañaba á todas sus facciones, rudo, y aun desgraciado en sus maneras, avaro de palabras, aquejado constantemente de la gota; en el trabajo incansable, en el culto á la idea como un sacerdote, en la predicación del bien como un apóstol; capaz de llevar la defensa de sus concepciones hasta el sacrificio y el martirio; la pasión de su vida, la que lle-

naba toda su alma, la que en las mayores pruebas le sostenía y á toda grande empresa le alentaba, era la pasión por la humanidad y por sus derechos, y la impaciencia por ver la humanidad feliz y sus derechos cumplidos y realizados. Así es que, en cuanto llegó al gobierno, en cuanto tuvo entre sus manos la máquina del Estado, en cuanto vió que podía ser realidad todo aquello que pasara por los espacios inmensos del pensamiento, se entregó á la tarea que más puede ennoblecer al hombre, que más digna aparece de su ministerio en la creación, á la tarea de implantar las ideas progresivas en la viviente realidad. No miraba él los obstáculos, y si alguna vez intentaba mirarlos, no los veía. Para él bien no debe encontrar dificultades una voluntad resuelta y tenaz. Trabajo inmenso el suyo, como que imaginaba próxima la muerte y sentía la necesidad de llenar dignamente la vida. En sus Memorias presentadas al rey se aglomera todo: la filosofía, la estadística, la ciencia, el cálculo, la serie de axiomas políticos y sociales que transformaba el mundo, desde las abstracciones de la filosofía hasta los cálculos de la aritmética. Quería ver pronto, muy pronto, el nuevo mundo social que iba á surgir del nuevo pensamiento. Le dolía cada hora que pasaba el eterno siervo en la ergástula después de haber padecido y llorado tantos siglos. A la fiebre de la inspiración unía la fiebre del trabajo. Era un gran creador que tenía en sus manos los instrumentos de la creación. Así, iba á destruir el castillo feudal, á llamar á la actividad del trabajo á tanto ocioso como pululaba en la corte, á destruir las aduanas interiores, á fundar el derecho de cada hombre en el libre ejercicio de la actividad de su espíritu, á erigir sobre tantas ruinas envueltas en vapores de sangre la sociedad de la justicia y del derecho.

La obra de Turgot asombra por la magnitud, substitución del mundo moderno al mundo feudal, y por el tiempo que en ella empleó, diez y ocho meses. El, antes de que la noche del 4 de agosto venga, antes de que la revolución universal avive las ideas puras en las inteligencias oscurecidas, antes de aquella explosión gigantesca, formula ya con profundo sentido, expone con verdadera claridad el principio de los derechos del hombre, transfiguración de nuestra naturaleza, y por lo mismo comienzo de nuestra edad. La tierra tan pródiga, la tierra que el trabajo fecunda, se ha esterilizado bajo leyes desoladoras; él le devolverá su fecundidad con sólo enviarle el grande agente de la vida, con sólo enviarle, como un rocío celeste, la libertad. Los granos yacen amontonados á la puerta de los graneros repletos, sin que puedan adquirir el valor que debe darles el movimiento comercial ni aplacar el hambre de tantos hambrientos como cerca de esta abundancia parecen por esa falta de relación y de equilibrio que sólo puede establecer el cambio. Turgot romperá las aduanas interiores, y rompiendo las aduanas, hará que los productos circulen por todo el cuerpo nacional como la sangre circula por todo el cuerpo humano. El trabajador de la industria perecerá bajo la pesadumbre del gremio privilegiado y el trabajador de los campos bajo la cadena de la corvea; él devolverá á cada cual su virtud creadora, la disposición completa de su actividad. Parece imposible, pero nada debe extrañarnos en un mundo organizado por el bárbaro principio de la casta: esa fa-

cultad verdaderamente divina que tenemos de continuar la creación con nuestra fuerza creadora y de disponer á nuestro arbitrio de las facultades todas, ese derecho de trabajar, tan necesario como el derecho de respirar y de vivir, pendía por completo de la voluntad arbitraria del monarca y quedaba reducida su concesión á una mera gracia, y su ejercicio, el empleo de los brazos propios en bien nuestro y en bien del mundo y de la sociedad, á un mero privilegio. Pues Turgot acabó con la última sombra de la esclavitud; Turgot redimió al paria que desde las orillas del Ganges á las orillas del Sena había arrastrado su ignominiosa pasión por toda la tierra y por toda la historia; Turgot encendió con su soplo en el pobre Adán de los terruños la vívida y necesaria libertad. Siervo, eterno siervo, el escupido por todos los poderosos, el martirizado en todos los tormentos; tú, que habías tenido necesidad de encorvarte para soportar sobre tus espaldas, como el elefante sobre su lomo, la pesadumbre del mundo asiático; tú, que habías pasado junto al Parthenón, junto al Capitolio y junto al Calvario, sin haber podido recibir tu completa libertad ni del arte, ni del derecho, ni de la religión; tú, que después de diez y nueve siglos de cristianismo y de tres siglos de espíritu moderno, todavía estabas bajo las sombras y sobre el terruño, sin disponer de tus brazos ni emplear tu actividad, te redimiste cuando subió, por una serie de transformaciones milagrosas, á las cimas del antiguo Estado el espíritu de la moderna ciencia.

Si de estas grandes líneas de las ideas descendemos á reformas un poco más prácticas, crecerá de punto nuestra admiración y nuestro asombro. Sólo por ligeras rectificaciones en la distribución del impuesto había conseguido más de cien millones de tangibles economías. Los arrendatarios en la percepción de los tributos, obligados á pasar pensiones á las queridas supervivientes de Luis XV, á esas viudas del vicio; los banqueros de la corte que sólo servían para contratar empréstitos y para malversar rentas; los colectores de los consumos que estrujaban al pobre pueblo y exprimían su sudor y su sangre; los pensionistas de la casa real que invocaban para sus innumerables pensiones títulos á veces verdaderamente escandalosos; todos los parásitos de la Hacienda, todos los pólipos de la administración fueron horriblemente castigados por este justo afán reformador que llevaba hasta las últimas esferas sociales su idea contraria á los antiguos monopolios y expresiva de la verdadera justicia. No acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir todas las reformas saludables maduras por su inteligencia y debidas á su generosa actividad. Cuando uno de los arrendatarios y colectores de impuestos quebraba, los primeros contribuyentes de cada parroquia debían responder solidariamente de su quiebra. Este abuso fué también córtado por Turgot. A todo llevaba la mano, á todo la reforma, exceptuando al presupuesto y á los bienes del clero por temor de herir muchos privilegios y concitar contra sí muchos privilegiados. Tenía razón. Los clérigos que veían las tendencias al libre pensamiento; los nobles que triunfaban oprimiendo y explotando á los campesinos; el número infinito de exactores que engordaba chupando las rentas del Estado; los arrendatarios de la miseria pública; los poseedores de oficios; los privilegiados que vivían del rendimiento de las corveas y de los

peajes; tantas y tantas langostas como desolaban los campos y los talleres, volvíanse indignados contra este hombre que arrancaba de cuajo el cáncer devorador de la propiedad y del trabajo.

Uno de los fenómenos que más llaman en la historia la atención es el desinterés de los privilegiados en 1789 y su interés y su egoísmo en tiempo de Turgot, es decir, en 1774. Para explicar la vida se necesita haber vivido mucho. Para explicar las revoluciones, haber pasado por los tiempos revolucionarios y comprendido cuán profunda alteración traen á la vida y cómo enardecen los ánimos. Cierta observador me decía que un pueblo antes de la revolución es como el hierro frío, rígido y poco maleable, mientras que un pueblo después de la revolución es como el hierro candente y se presta á tomar en su flexibilidad y en su blandura todas las formas. Cuando Turgot quiso realizar su reforma, la temperatura del espíritu público estaba muy baja, los ánimos muy fríos, la regularidad de la vida quitaba á las innovaciones ese calor y esa luz que irradian en los tiempos revolucionarios y creadores, los privilegiados no se podían contagiar del entusiasmo de un hombre como se contagian del entusiasmo de un pueblo, la atmósfera y la tierra social no estaban en la estación precisa en que maduran las grandes ideas, y de consiguiente, todas las resistencias permanecían vivas y robustas, todos los progresos sin alientos y sin fuerzas. De aquí naturalmente el que entre los privilegiados no hubiera los entusiastas por las reformas que hubo más tarde, y predominara el interés y el egoísmo. Cuando ya había caído la Bastilla; cuando se había levantado á jurar la nación entera en el Juego de Pelota; cuando había pasado por el espíritu uno de esos relámpagos á cuya electricidad surgen el Sinai, el Calvario, el Aventino en los celajes de las tempestades del espíritu; cuando había resonado desde la altísima tribuna el acento de Mirabeau como un trueno que anunciara la aproximación de una nube tempestuosa y cargada de ideas, en esta suprema crisis, reunida la Asamblea nacional, los nobles mismos se sintieron tocados del magnetismo que corría por la conciencia universal y dispuestos á sacrificios nacidos de una corriente de ideas á la cual no podían contrastar con ninguna oposición. Quizá de esto proviene la facilidad y el prestigio de las revoluciones en los pueblos neolatinos, de esa resistencia ciega que las clases elevadas oponen á la reforma pacífica, y de ese ciego terror que les entra, y de esa facilidad con que ceden y se retiran así que ha estallado la tempestad atronadora de las revoluciones. No de otra suerte se explica ni puede explicarse que aquellos hombres tan dóciles el 4 de agosto de 1789, se irguieran catorce años antes y contrastaran con ímpetus tan fuertes y con maquinaciones tan hábiles el maravilloso plan de reformas que, realizando en toda su plenitud y en toda su rica variedad la idea económica de aquel siglo, evitaba la revolución. Tremenda responsabilidad la responsabilidad de los privilegiados. A las evoluciones pacíficas prefirieron las revoluciones violentas. Y al preferirlas, desencadenaron la tempestad, producto necesario de sus ciegas supersticiones y de sus locas resistencias. Esto dirá seguramente la historia.

Turgot tenía entre sus amigos á todos aquellos que

cultivaban las ideas del siglo, y entre sus enemigos á todos aquellos que vivían de los abusos y de los privilegios. Naturalmente, el coro limitado de grandes pensadores no podía contrastar la furia de innumerables privilegiados ni desvanecer la ignorancia del pueblo, casi siempre de sus tiranos cómplice y víctima. Condorcet, que sentía fe vivísima en el progreso universal y que deseaba las reformas pacíficas, sin duda por sentimiento ciego de cómo iban á cebarse en su vida y en su nombre las revoluciones violentas, apoyaba al gran reformador con tanta vehemencia que un publicista insigne le ha llamado borrego rabioso, borrego hidrófobo. Voltaire, con ese amor al género humano, eterna honra de su nombre, se desvivía por las obras de emancipación á que consagraba sus desvelos el gran emancipador, y á los ochenta años cumplidos escribía como un joven, con la claridad más luminosa de juicio, la corrección más severa de forma, la profundidad más admirable de pensamientos, viendo la belleza y la verdad y la bondad de las nuevas ideas como un filósofo, y las dificultades opuestas á su realización como un verdadero estadista. El Gran Federico, á cuya vasta mente se había subido el vapor más vital del espíritu de nuestro siglo, saludaba las ideas reformadoras como los albores del más hermoso tiempo que podrían ver los hombres y registrar las historias. María Teresa y José II, con ser de ideas menos progresivas que su rival prusiano, admiraban aquel proyecto de encerrar en leyes dictadas por el trono las ideas de toda la ciencia moderna y consagrarlas á la salud del pueblo. Walpole, aunque mirando con su buen sentido inglés toda la extensión del mal y todos los peligros del remedio, deseaba la pronta realización de la reforma. Franklin la recibía como una explosión del mismo espíritu que agitaba entonces á la transfigurada América. D'Alembert la propagaba en los salones y la sostenía con toda la autoridad de su nombre. Malesherbes, el dulce y sereno filósofo, compañero de Turgot en el ministerio, le daba la sombra de todo su prestigio y el auxilio de toda su influencia. Los librepensadores y los economistas, que anhelaban emancipar desde el suelo esterilizado por la herrumbre feudal hasta la conciencia oscurecida por la censura eclesiástica, se conjuraban para sostenerlo y auxiliarlo en aquel hercúleo trabajo de substituir al antiguo espíritu, y á sus espesas sombras el alma de una sociedad nueva dirigida por la libre razón y asentada en el eterno derecho. Nunca con más razón que entonces pudo decirse aquella frase con que yo contesté á los dementes empeñados en atribuir al pobre pueblo, herido por la ceguera de su educación y de su estado, amor fanático al espíritu moderno: las ideas nuevas, como el sol naciente, doran primero las cimas de las montañas.

Pero ¿qué podían estos pensadores ilustres, armados de su pluma y de su palabra, con la autoridad moral por todo título, contra la inmensa y espesa nube de privilegiados decididos á salvar la roca de sus privilegios á pesar del oleaje de las ideas? Para reformar la nación precisaba reformar el presupuesto; para reformar el presupuesto precisaba reformar el palacio; para reformar el palacio precisaba limpiar Versalles de los innumerables insectos que roían la púrpura real y minaban las gradas mismas del trono. Imposible. Desde el mer-

cader último que tenía un privilegio para vender confites y juguetes por aquellas largas galerías á precios fabulosos, hasta el presunto heredero de la corona que enriquecía á sus favoritos y á sus favoritas enviando cartas de crédito pagaderas á la vista contra las cajas del rey, todo el mundo se volvía airado y rabioso á morder á quien pretendiera echarlos de estos privilegios y de estos goces en que chupaban, por virtud de la tradición y de la costumbre, hasta la medula de su patria. Los nueve ó diez mil servidores de palacio, galoneados, empolvados, mantenidos á mesa y mantel, provistos unos de beneficios hereditarios, otros de rentas sobre las contribuciones de las provincias, éstos de derechos de caza en tierras ajenas, aquéllos de siervos en el Jura y negros en América, no podían conformarse con el austero filósofo, todo gravedad, todo resolución, todo firmeza, tan enemigo de estos abusos y tan decidido á reformarlos que empezaba por dar ejemplo viviendo en el poder con la austeridad de un cenobita, y humillando al vicio con aquello que más al vicio molesta, con el ejemplo de la virtud.

La reina, dadas su natural vivacidad, su histórica ligereza, su devoción al placer, creía que el trono se asemejaba á una mina inagotable y rendía á sus ocupantes todo el oro que les demandaban sus necesidades y sus gustos. La infeliz tenía tan poco recato, que en carta escrita de su puño y letra llamaba á Luis XVI, por haber cedido á su exigencia de que recibiera á Choiseul, le llamada revelando el aprecio en que lo tenía como rey, como esposo, como jefe de la familia real, «pobre hombre.» Esta mujer, destinada á tantas desdichas, se divertía mucho por entonces, diversiones que sirvieron luego para amargar más sus últimos días, y ennegrecer más el sangriento ocaso de su vida. Naturalmente, las comparsas que llevaba consigo á los bailes de máscaras en la Ópera; las cabalgatas por los jardines reales en trajes riquísimos y fantásticos; la aparición por los bulevares sentada con sus damas en trineos y ceñidas las cabezas de un castillo material de plumas, cintas y brillantes; las familias de sus amigas y de sus amigos que explotaban el tesoro real; las funciones de teatro y los divertimientos de toda clase; la compra de palacios en los cuatro puntos del horizonte; la plantación de nuevos jardines con sus aditamentos de estatuas, fuentes, columnas, mármoles y jaspes; el regalo de fortunas enteras á sus allegados; todos estos caprichos exigían innumerables sacrificios en los cuales el tesoro se disipaba, trayendo el déficit, el empréstito, y en último caso la bancarrota y sus terribles consecuencias. Por entonces había despedido de su compañía y de su amistad á la princesa de Lamballe, que estuvo á punto de morirle á tal separación, y traídose á la princesa de Polignac, que la cautivaba y la divertía con su agudo ingenio. Era necesario enriquecer á la saliente para consolarla de su desgracia y á la entrante para infundirle su gracia. La princesa de Lamballe pertenecía á una familia rica, y, sin embargo, se empeñó en que había de resucitar para ella el cargo de intendente de la reina, cargo abolido por inútil y por dispendioso en las recientes reformas. La princesa de Polignac pertenecía en cambio á una familia muy noble, pero muy arruinada, cuyos caballeros, cuyas damas, cuyos niños necesitaban oro á torrentes. Para enriquecerlos de la manera más